



## Capítulo 78

La última isla del Archipiélago de las Siete Islas, aún sin conquistar por Radan, es el territorio de la tripulación pirata «Los Lobos Marinos», en la sexta isla. En el centro de esta isla se encuentra una enorme fortaleza de madera.

«... ¿Entonces nos han atacado?», preguntó un hombre frunciendo profundamente el ceño.

Una larga cicatriz vertical le marcaba el rostro y llevaba una prótesis con joyas incrustadas en la pierna derecha. No era otro que Tertogan, el líder de los Lobos Marinos y el hombre famoso por devastar uno de los territorios de Raksas, lo que le valió el apodo de «Destructor».

«Sí, a juzgar por la falta de comunicación, parece que ese es el caso». Un marinero, visiblemente ansioso, miró a su alrededor con nerviosismo. Tertogan frunció el ceño y habló.

«Entonces, ¿quién nos atacó?».

«Pshhh...».

«Parece ser ese bastardo, Radan».

No estaba claro cuánto tiempo permaneció Tertogan en silencio tras el informe del marinero.

«Oye».



«¿Sí?»

«Ven aquí.»

«Ven aquí... ¿qué?».

«Te he dicho que te acerques».

Tertogan hizo un gesto con su mano protésica y el marinero, aunque vacilante, se acercó lentamente, claramente inquieto.

Al momento siguiente...

iPlaf!

La cabeza del marinero estalló, tras mostrar una expresión nerviosa momentos antes. La sangre salpicó, convirtiendo la oficina en un caos. El cuerpo del marinero, ahora sin cabeza, se desplomó al suelo con un golpe sordo.

«¡Maldita sea!»

¡Bang! ¡Crack! ¡Smash!

Pero eso no fue suficiente para Tertogan. Agarró el cadáver decapitado por el cuello y le propinó varios puñetazos. La cabeza, excepto la mandíbula inferior, quedó aplastada, el lugar donde antes estaba el corazón ahora era un agujero enorme y el brazo derecho se desprendió como un juguete roto.



¡Bam!

Aún insatisfecho, estrelló el cuerpo sin vida contra el suelo, lo pisoteó varias veces y, tras jadear profundamente, volvió a sentarse, dejando atrás el cadáver grotescamente retorcido.

En ese momento, la puerta de la oficina, que estaba bien cerrada, se abrió y entró un hombre.

«Jefe».

«Llevad este cuerpo».

El hombre asintió brevemente y, tras hacer un gesto con la cabeza, otros marineros comenzaron a arrastrar el cuerpo horriblemente mutilado fuera de la habitación.

«... ¿Cuántos más necesitamos?».

«Según ese hombre, todavía necesitamos al menos 1500 más».

«Tsk, después de todos los sacrificios que ya hemos hecho, ¿todavía queda tanto?».

«Sí».

«No, es demasiado tarde. Ese cabrón de Radan va a entrar en cualquier momento...».



Mientras Tertogan murmuraba frustrado, el hombre que había entrado, el sublíder Zelenka, dudó antes de hablar.

«Jefe, ¿no estará bien de todos modos? Tenemos esas cosas, así que deberíamos poder ganar si luchamos en el mar, ¿no?».

Ante las palabras de Zelenka, Tertogan se levantó y se dirigió hacia la ventana que daba al exterior de la oficina. La fortaleza de madera quedó a la vista, y el cadáver que acababa de ser asesinado en el arrebato de Tertogan estaba siendo devorado —imasticando, masticando! icrujiendo!— por unas criaturas grotescas.

Desde la distancia, su forma general no parecía muy diferente a la de un humano.

Sin embargo, su piel era diferente a la de los humanos, cubierta de escamas verdes, y sus rostros se asemejaban a los de las criaturas marinas. Sobre todo, sus pupilas eran completamente negras, como si estuvieran pintadas, vacías y desprovistas de cualquier emoción. Esto sugería que eran fundamentalmente diferentes a los humanos, no solo en apariencia, sino en esencia.

Cientos de tritones se aferraban a un solo cadáver, como pirañas voraces, con las bocas manchadas de sangre rojo oscuro. Al ver esto, Tertogan pensó:

«Sin duda, son fuertes».



Era muy consciente de la fuerza de los tritones. Aunque su eficacia en tierra era incierta, estaba seguro de que, cuando las batallas se limitaban al mar, los tritones por sí solos podían repeler fácilmente al enorme ejército de Radan.

Sin embargo, el verdadero problema era el propio Radan, un gran pirata que unificó los Seis Archipiélagos y era el amo de la «Luna Blanca».

«Ese bastardo es un monstruo».

Tertogan frunció el ceño involuntariamente al recordar un momento del pasado.

Era una época en la que él, junto con los piratas de los Seis Archipiélagos, había iniciado una guerra para derrotar a Radan y repartirse uno de los archipiélagos entre ellos, cuando Radan solo había capturado una isla. Era un recuerdo de Radan moviéndose libremente bajo el agua, destrozando a capitanes bendecidos con sus propias manos y hundiendo más de una docena de barcos sin ayuda de nadie.

«Todavía no es suficiente».

Por eso, Tertogan supo instintivamente que, incluso con los tritones, la batalla que se avecinaba sería insuficiente. Al mismo tiempo, una voz resonó en su mente, una voz que le había llegado inesperadamente cuando esperaba su muerte a manos de Radan y que le ofrecía una forma de matar a Radan:

«¿No deseas obtener poder?».

La voz pertenecía a un hombre que prometía el poder no solo para derrotar a Radan, sino también para convertirse en el gobernante del mundo.



«Ofrece carne humana a los tritones. Continúa sacrificando, reuniendo almas, ganándote su favor, y te convertirás en un dios».

Tertogan recogió el objeto que le había dado el hombre: un artefacto de color verde azulado con colmillos que sobresalían por todos lados. Lo miró fijamente y, tan pronto como los tritones terminaron de devorar el cadáver, una luz verde fluyó directamente hacia el artefacto.

Tras un momento de silencio, se dirigió a Zelenka.

«¿Cuántos más dijiste que se necesitaban?».

«Al menos 1500», respondió Zelenka.

Al oír esto, Tertogan recordó una vez más las palabras del hombre envuelto en negro.

«¿No deseas obtener poder?».

Mientras reconsideraba las palabras del hombre, Tertogan murmuró en voz baja: «Quizás haya una manera...».

Se quedó mirando en silencio la fortaleza durante un rato más.

«Una forma, sin duda...».

Los ojos de Tertogan, ahora mirando hacia afuera, mostraban un leve rastro de locura, un destello verde de demencia.

\*\*\*

El tasador Alexion es alguien a quien Alon preferiría evitar encontrarse, a menos que se tratara de un artefacto.

En primer lugar, porque la retorcida personalidad de Alexion despertaría inevitablemente los instintos asesinos de Alon.

En segundo lugar, porque Alexion financiaba facciones clandestinas en los barrios marginales de Raksas, lo que lo convertía en un hombre difícil de encontrar.

Por lo tanto, Alon había venido preparado para el encuentro, esperando tanto la dificultad de reunirse con Alexion como la inevitable frustración una vez que lo hicieran.

Sin embargo...

¡Clink! Rueda, rueda, rueda...

«¡¡¡Lo siento...!!!»

Alexion, a quien le habían entregado el anillo de Heinkel y una pequeña espada para que los evaluara, dejó caer la «Insignia del Contrato del Ciego» de sus temblorosas manos y se apresuró a recogerla. Alon tenía una expresión peculiar. La apariencia de Alexion coincidía con la ilustración del juego, pero su comportamiento era completamente diferente.

Por supuesto, Alon entendía el motivo de este cambio. Miró discretamente a Radan, que observaba tranquilamente con una sonrisa inocente. Mientras



Alexion, aún temblando, se esforzaba por empezar a evaluar los artefactos, Alon pensó:

—Solo lo traje aquí respetuosamente sin hacer nada...

A juzgar por la reacción de Alexion, eso no parecía ser el caso. Alon siguió con una expresión extraña hasta que Alexion finalmente habló.

«¡Está... está hecho!».

«¿Ya?»

Alexion, que había tasado los artefactos en menos de diez minutos, sorprendió a Alon, ya que sabía que normalmente se tardaba al menos dos horas.

«¡Sí, sí...!»

Alexion inclinó la cabeza repetidamente mientras devolvía los dos artefactos a Alon.

«... Es real».

Alon, al recibir los artefactos, confirmó que las valoraciones eran correctas, como indicaban los colores ahora vivos de los artefactos, antes de un gris apagado. El anillo de Heinkel había pasado de gris a rojo, y el tesoro adquirido de la bóveda de la colonia tenía un brillo profundo y claro.

«Eres rápido», comentó Alon.



«No lo has hecho a toda prisa, ¿verdad?».

«¡IN-No! ¡Por supuesto que no!».

La respuesta nerviosa de Alexion a la pregunta de Radan, junto con sus manos temblorosas, hicieron que Alon sintiera un poco de lástima.

«... La evaluación ha concluido».

«Es así, hermano?

«Sí, déjalo ir», dijo Alon.

Ante eso, Radan asintió y dio una simple orden.

«Oigan, llévenlo».

Los piratas, que habían estado esperando esta orden, entraron rápidamente y comenzaron a escoltar a Alexion fuera.

«¡Gracias! ¡Muchas gracias! ¡Gracias por perdonarme la vida!», exclamó Alexion con lágrimas en los ojos, como si estuviera escapando del mismísimo infierno.

«Hermano, ¿de verdad hemos terminado aquí?», preguntó Alon.

«... Sí, gracias a esto, no hay necesidad de ir a Raksa».

«Qué alivio, hermano», respondió Radan con una sonrisa. Alon, sentado frente a él, le hizo una pregunta.

«Por cierto, ¿estás seguro de que realmente lo trajiste aquí de forma educada?».

«Por supuesto. Lo traje con educación. Probablemente solo sea mi reputación lo que lo asustó».

«Quizá solo se sintió abrumado por su mala fama...».

Después de reflexionar un momento sobre la respuesta de Radan, Alon decidió aceptarla y le hizo otra pregunta que despertó su curiosidad.

«¿Cómo encontraste a Alexion en solo un día? Teniendo en cuenta lo bien escondido que debía de estar, debería haber sido casi imposible sin desmantelar toda la red del inframundo».

«Ah, ¿esos tipos?».

«Sí. Entonces los conociste, ¿verdad?».

«Bueno, sí que los conocí, pero no llegamos a conversar exactamente...».

«... ¿? Si no hablaron, ¿cómo lo encontró?».

«.....»



«... Trajiste a Alexion aquí de forma educada, ¿verdad?».

«Alexion fue traído aquí educadamente, hermano», respondió Radan con una sonrisa astuta tras una breve pausa. Alon, comprendiendo instintivamente cómo Radan había traído a Alexion, sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

«Los Cinco Grandes Pecados... eso aún no está completo, ¿verdad?».

Decidió vigilar más de cerca a Radan.

\*\*\*

Mientras Alon reflexionaba sobre estos pensamientos en el archipiélago, en la finca sureña del territorio de Maon, situada en el ducado de Drua, cerca de la frontera sur con Caliban, se estaban desarrollando los acontecimientos. Esta finca era la sede de Pigule, una organización que expandía su influencia mediante el tráfico de carne humana y drogas, operando desde Drua.

Poco antes:

«¡P-Por favor, perdóname...!»

Darte, el líder de Pigule, que había convertido a miles de personas en drogadictos sin derramar una lágrima, ahora temblaba de miedo, con los ojos llenos de terror y lágrimas.

«¡Solo seguía órdenes! ¡Por favor, ten piedad...!».

Luchó desesperadamente por sobrevivir.

Pero...

¡Crack!

En un instante, todo su cuerpo se retorció de forma antinatural, atrapado por hilos morados, y la sangre brotó mientras encontraba su fin.

El hombre que observaba en silencio cómo el cadáver caía al suelo dirigió entonces la mirada hacia la ventana, desde donde se veía toda la finca. Los cadáveres cubrían el terreno: cuerpos partidos por la mitad, algunos incrustados en las paredes de la finca y otros que habían muerto con los ojos abiertos por el terror.

Había cadáveres por todas partes.

Sin embargo, el hombre que observaba la espantosa escena sin mostrar emoción alguna no era una persona común y corriente: era Deus.

—

«¿Has encontrado algo?», preguntó Deus en una habitación vacía.

Pronto, un hombre apareció de entre las sombras detrás de él.

«Hidan».

Ante la llamada de Deus, Hidan hizo una ligera reverencia.



«Como se informó anteriormente, este no parece ser el cuartel general de la directiva».

«¿Los altos mandos?».

«Yuna está recopilando información, pero la cadena de mando es compleja, probablemente para evitar ser detectada, por lo que está llevando algún tiempo».

«Ya veo».

«Sin embargo, hemos identificado a los nobles que orquestaron esto».

«¿Quiénes son?».

«Son nobles de Asteria».

Deus se quedó en silencio por un momento.

«Hidan, has facilitado mucho la recopilación de información».

«No es nada. Yuna también cree que es por la Gran Luna... al igual que toda la Luna Azul».

«Ya veo».

Deus continuó.



«¿Cómo se llaman estos nobles?».

«Parece que están el conde Barthez y el conde Brielle, junto con otros dos».

«...?»

«¿Qué piensas hacer? En mi opinión, eliminar solo a los dos principales responsables debería servir de advertencia y evitar nuevos incidentes».

«Matarlos a todos».

Sin una pizca de vacilación.

«No soy lo suficientemente misericordioso como para perdonar a quienes intentaron dañar a la Gran Luna».

Sus ojos brillaron siniestramente.

«Entonces, mátalos a todos. No dejes a nadie con vida».

Murmuró esas escalofriantes palabras en voz baja, con los ojos llenos de locura.

«Todo por la Gran Luna».

Con eso, las dos figuras señalaron el fin de la caída de Pigule y desaparecieron. Otra organización había sido borrada de la historia.